

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE.

LOS DESPESIDOS DE LA MUERTE

LOS DESPOSADOS
DE LA MUERTE.

POR EL CÉLEBRE
vizconde de Arincourt.

—◆◆—
TOMO II.
—◆◆—

SEVILLA:
Imprenta de D. José Maria Atienza, calle
de las Serpes, número 5.
1851.

LOS DESPOSITOS

DE LA MUESTRA

FOR EL CENSO

de la Muestra de Añonuevo

1851

SEVILLA

Imprenta de D. José María Álvarez, calle
de las Sierpes, número 5.

1851



IX.

El encuentro en el barranco.

El fantasma de la capilla estaba en pie al lado de la vieja. Guardaba un silencio profundo.

Era verdaderamente un habitante de las tumbas? Todo ayudaba á hacerlo creer. La noche, la tempestad y las ruinas formaban el cuadro maravilloso del cual habia salido la vision. Esteban y Paquita fijando en ella sus miradas, no podian esplicarse aquel misterio.

Pedro únicamente pudo penetrarle.

Se inclinó al oído de Paquita y la dijo en voz baja:

—Es Dolores!

Era en efecto la hermana de Monserrat.

Acudió al socorro de los fugitivos en el mismo instante en que Brigida llamando á grandes voces al centinela iba á denunciar su fuga. La feliz idea de aterrar á la vieja desempeñando el papel de la Dama negra se presentó en un momento á su espíritu. Este medio habia surtido efecto ya, y sin que ella se lo hubiese imaginado, cuando abrió la puerta de la escalera de la torre mientras Pedro hacia cantar aquella triste balada. Dolores, la viajera de noche iba vestida á propósito; la tempestad secundaba sus deseos y nada faltó para conseguir su objeto. La viuda Muñoz aprovechándose del estado de estupor en que habia caído la vieja, la echó un manto negro sobre la cabeza. Pedro Valls entonces compareció: envolvió á Brigida con el manto para ahogar sus gritos y la arrastró hacia una escavacion formada entre los escombros de la capilla. Co-

locó á la vieja dentro de aquella especie de gruta, cuya abertura cerró con una piedra grande que la constituyó á su vez en prisionera.

—Ahora, dijo Dolores á su hermana, no perdamos un instante: es necesario llegar al mar y yo os conduciré.

—Bien, hermana, dijo Monserrat.

—Y Pedro Valls? preguntó la buérfana.

—Pedro irá en busca de sus amigos, respondió la viuda, y se juntarán con nosotros. Los gitanos le aguardaban en la puerta del Norte. Su socorro podrá sernos muy útil.

—Parto al instante, dijo Pedro. Por qué parte se dirijirán Vds. al mar?

—Tomaremos por el ala derecha del castillo, el barranco de Calaguer. El camino es mas largo, pero mas seguro.

—Tiene un piso muy desigual.

—Qué importa!

—Dónde volveré á encontrarles?

—En la choza del pescador. Miró entre las rocas de la costa.

Pedro echó una última mirada á la es-

posa de Monserrat y enterado ya de lo que debia hacer, desapareció entre las ruinas.

Ay! mientras Pedro estuvo á su lado, nada temió la huérfana, pero separada de él, sintió que sus fuerzas le abandonaban. La piedra que habia caido de la bóveda y que se habia roto, la hizo una contusion en la pierna. En el momento de quedar herida, el terror no la habia dejado sentir el golpe. Pero tranquilizada ya y separada de Pedro, sucumbia á su nuevo dolor. Apenas podia tenerse. A la idea de andar á traves de los bosques y torrentes, se sentia de antemano sin fuerzas, y sus ojos se inundaban de lágrimas.

—Esteban, dijo, sufro mucho! estoy herida y me siento desfallecer.

El hermano de Dolores, aunque aterrado él mismo por el peligro, procuraba reanimar á su esposa; pasó su brazo alrededor de su cintura para sostenerla, mas hay! casi él mismo no podia sostenerse. Un frio mortal corria por sus venas; y al que su debilidad no le permitia socor-

rer á su esposa, se entregaba á su desesperacion.

—Paquita, murmuró con voz débil y con aire abatido; ten valor un momento mas. El camino no puede ser muy largo, y Pedro estará allí al instante.

Al pronunciar el nombre de Pedro, la voz de Monserrat salió desgarradora del fondo de su corazon. Comprendió que no era para su esposa, ni un sosten, ni una esperanza, ni un consuelo. Otro habia que era para ella todo esto y ese otro era jóven y hermoso. Ese otro reunia al vigor de su juventud, toda la fuerza del amor; ese otro amaba y era amado.

Paquita miró á su marido. A la luz de los rayos contempló su frente pálida. Parecia, tanta era la lividez, que habia llegado su postrer hora. Oh! la tempestad interior con que batallaba, era mas potente que él: el hombre puede resistir á las tormentas de la naturaleza, pero no á las borrascas del corazon.

El aspecto cadavérico de Monserrat enaranimó á Paquita.

—Marchemos! exclamó ella; me siento ya mejor.

Salieron los fugitivos de la capilla. La viuda Muñoz, llena de fuerza y de energía, no dejaba de tranquilizar á sus hermanos. Con la linterna sorda en la mano, les precedía y les guiaba.

Empezaba á llover; caían gruesas gotas presagiadoras de la tempestad. El cielo estaba oscuro y apenas se distinguía el terreno por donde se pasaba: el camino se presentaba cada vez mas lleno de obstáculos. Poco despues el huracan dobló su furia y la linterna se apagó. Dolores á pesar de conocer perfectamente aquel terreno, perdió el tino en medio de las tinieblas.

—Dónde tienes tu caballo? preguntó Paquita á Dolores.

—En Torenos; luego iré por él.

—Quieres volver á las ruinas?

—Si, no se ha concluido todo aun, Paquita, entre el pirata y la viagera de noche. Ha creído que esta noche me he presentado á su vista llevada por el amor, y he debi-

do callar ante su prisionera; pero quiero desvanecer su orgullo. Si él sabe desdeñar los sacrificios, yo nunca olvido los ultrajes.

El orgullo, la indignacion y la cólera animaban su fisonomia de una tristeza amenazadora; y su mano apretaba su cintura, donde tenia ocultas algunas armas.

Estaban ya algo separados del castillo; seguian andando entre matorrales. Llegaron á una pendiente rápida entrecortada por rocas y arbustos: descubrieron allí una senda.

—Es el barranco de Calaguer, dijo Dolores. Ya podré guiaros ahora.

Pero aquel camino pedregoso presentaba mil obstáculos á su marcha. El agua caia en abundancia y el barranco iba á convertirse en un torrente. Paquita hacia mil esfuerzos de valor, y Monserrat temia á cada paso verla sucumbir á su fatiga y sufrimientos. Sus vestidos estaban empapados; ninguna abrigo se ofrecia á su vista en medio de aquel desórden de la naturaleza, de los elementos. Andaban muy lentamente y

la tempestad continuaba siempre igual.

—Callad! dijo de repente Dolores, única que conservaba toda su preseneia de espíritu; me parece haber oído unos pasos de hombre.

—Serán sin duda los contrabandistas de la costa, quizás algunos vagabundos.

—Gomez ódia á esos miserables y nunca se sirve de ellos, exclamó Dolores.

—Sin embargo no es mas que un bandido, hermana.

—En tiempo de revoluciones políticas se les llama alternativamente, bandido al patriota y patriota al bandido. Pero nunca juzgo á un hombre mas que por su corazón.

Un doloroso gemido interrumpió su diálogo. Paquita tropezó contra el tronco de un árbol roto que la oscuridad le ocultaba, y cayó contra una roca.

—Ya no puedo mas, exclamó. Detengámonos, yo me siento morir.

—Dios mio! que será de nosotros, exclamó Monserrat fuera de si. Paquita, mi querida Paquita! ay! yo no puedo hacer mas que morir á tu lado. Falto de un brazo y

sin fuerzas, no tengo mas que mi amor y mi vida, inútiles entrambos para salvar la tuya, Dios mio! por qué me has confiado este bien, puesto que no me has concedido el poder conservarle! Conque yo no puedo ser para ella mas que un continuo embarazo, una afliccion y un obstáculo! y cuando necesita á su esposo yo no puedo hacer mas que llamar á su amante á su socorro! Oh! qué importa que muera mientras ella viva! si, que viva aunque sea para él! póseala quien mejor la merezca! Dios mio, mátame y sálvala! haznos á la vez estas dos gracias.

Mientras se entregaba de este modo á su desesperacion, el ruido de los pasos se iba acercando cada vez mas.

—Hermana mia, exclamó Dolores, salgamos de este espantoso barranco; los bandidos se acercan.

—Yo mismo voy á llamarles, repuso Esteban. Mi esposa necesita socorro y si permanece por mas tiempo en el estado en que se halla, perecerá sin remedio. Esta tempestad y estos torrentes de agua, su

herida y su terror... oh! todo esto la mata!

—Qué imprudencia, hermano mio!

Esteban no le escuchaba y su voz resonó sobre el ruido de la tormenta,

—Socorro! socorro!

Los bandidos le oyeron.

Cinco ó seis hombres armados de carabinas salieron de la espesura del bosque. Su traje se componia de una camisa desgarrada y unos calzones de piel de cabra sin trabajar; sus fisonomias eran duras y asquerosas; sus cabellos largos y desordenados se confundian con su barba; las arrugas de sus feroces pasiones, y todo su conjunto, y en lo físico como en lo moral, formaban el desorden mas espantoso.

El orgullo era la pasión mas dominante en aquellas figuras salvajes. Se ereian unos seres vivientes que hacian una guerra honrosa á la desigualdad de la fortuna.

—De donde salen estas gallinas y este gallo? exclamó uno de ellos riendo con idiotismo. Vaya una caza para un barranco!

—Vaya, dejémonos de equívocos, camarada! respondió con altanería el que

mandaba la partida. Obrad como verdaderos ladrones y no hagais que nos tomen por unos miserables rateros. Respetemos nuestro carácter.

Luego, acercándose á Monserrat y saludándole cortesmente.

—Quiere Vd. hacer el favor de prestarnos algun dinero? le dijo; y si no tiene Vd. moneda alguna, denos Vd. alguna joya y se lo agradecemos.

Si Dolores se hubiese dejado llevar de su carácter, hubiera hecho saltar la tapa de los sesos al insolente ladron: pero obrando así hubiera comprometido á su hermano y á su cuñada, y reprimió sus deseos.

—Ahí va cuanto oro tengo, exclamó don Esteban, en cuanto al collar de mi esposa...

—Puede guardarle, caballero, respondió el bandido satisfecho y sonriendo respetuosamente; nos contentamos con la bolsa, porque está regularmente provista; nosotros tenemos nuestras leyes y nuestros limites.

—Ahora, permitanme Vds. pedirles un favor y habremos cambiado uno por otro.

—Nada mas justo.

—Mi pobre compañera está moribunda; ayudadme á socorrerla.

—Camaradas, larguémonos! exclamó uno de los rateros: oigo venir á los del pirata y son muchos.

—Pues echemos á correr.

Los rateros apelaron á la fuga.

—Tenia yo razon? exclamó Dolores, esos son los verdaderos bandidos. Gomez, el intrépido Gomez es enemigo de esos infames. Pudiérais comparar unos con otros?

—A todos ódio igualmente.

Acababa Monserrat de pronunciar estas palabras, cuando siete ú ocho contrabandistas se acercaron á ellos. Dolores le tendió la mano; conservaba toda su presencia de espíritu.

—Amigos míos, dijo, el cielo os envia en mi socorro.

—El cielo! respondió Hilario, el gefe de la partida, sacudiendo su ancho sombrero, cuyos bordes estaban chorreando agua. Hé ahí que el cielo se muestra esta noche de muy mal humor.

—Esta pobre mujer se está muriendo,

esclamó Monserrat con desesperacion; tenga Vd. piedad de ella y de nosotros.

—Está mojada como un pez en el agua! respondió otro inclinándose para contemplarla mejor. Debe ser alguna gitana. Triste compañía para un camino tan malo.

—Por Cristo que es hermosa! exclamó Hilario admirado.

Y empezó el coloquio siguiente.

—Merece que se la cuide; debemos llevarla á nuestro jefe.

—Estoy seguro que le gustará.

—Creo que ya tiene otra.

—Tanto mejor. Una y otra son dos.

—Ademas, no le incomodará tener cuatro ó cinco.

—Y esa, dijo otro bandido dirigiéndose á Dolores; me gusta su donaire. Podria sacarse buen producto de ella. Bien la tomaria yo por mi cuenta.

—No es este el lugar ni el momento de distribuir el botin, respondió Hilario duramente. Sepamos antes quienes son.

—Formábamos parte de una banda de

Los desposados de la Muerte. —T. II. 2

gitanos, respondió la hermana de Monserrat; veníamos del castillo de Torenos donde hemos tocado y cantado esta noche con el señor Gomez, vuestro amo. Nos ha pagado generosamente para recompensarnos nuestros trabajos; nos ha despedido luego y hé aquí nuestra historia.

—Vaya que no tiene trabas en la lengua, repuso uno de los ladrones.

—Ahora, añadió Dolores, íbamos á reunirnos con los nuestros.

—Si teneis prisa, lo siento, exclamó Hilario; la órden de esta noche nos prohíbe dejar salir á persona alguna del dominio de Torenos hasta mañana por la mañana. A este objeto, hay gente sobre todos los caminos y no pasareis por parte alguna.

—Nuestros camaradas, prosiguió la viuda Muñoz sin desconcertarse, han ido á orillas del mar á la choza del pescador. Mirad: allí tenemos nuestro punto de reunion. Esto no es salir de Torenos, puesto que la choza está en su dominio y es una de sus dependencias. Mañana podríais encontrarnos allí.

—Bien, contestó Hilario, despues de haber reflexionado un momento. Continúa vuestro camino.

—Desgraciadamente mi hermana se ha herido una pierna, añadió Dolores, nos hemos separado un poco de nuestros compañeros y luego nos hemos perdido en medio de la oscuridad.

—Y quieres que os acompañemos para encontrar la costa?

—Justamente.

—Y qué nos darás!

—Acompañadnos antes que todo.

—Oh! oh! interrumpió uno de la cuadrilla examinando de cerca á la viuda; lleva pistolas en la cintura. Vaya un instrumento para una gitana! Cuál de ellas ha bailado jamás con semejantes castañuelas?

—Cállate, dijo Hilario. La tomo bajo mi proteccion: es tan valiente como hermosa y tan lista como valiente.

Dolores, rodeada por los bandidos y subyugándoles con el doble poder del valor y la hermosura, les decidió á retroceder para acompañarles á los tres á la choza de

Miró. Arreglaron unas angarillas para Paquita y se pusieron en marcha.

—Señorita! dijo el gefe de los bandidos á la viuda, habremos prestado á su hermana de Vd. un servicio importante. Deberá vd. recompensarnos. Pues bien, deje vd. en la cabaña á los danzantes y payasos y vuélvase con nosotros á las ruinas de Torenos.

—Hasta mañana por la mañana únicamente.

—Hasta fin de año si vd. quiere. En Torenos viven muchos valientes; allí nos divertiremos y será vd. la reina del castillo.

Dolores sonrió tristemente; reflexionó algunos minutos y levantando luego la cabeza con una espresion estraña:

—Ya está dicho, os seguiré.

Y todos la aplaudieron.

Solo á lo lejos se oia el estampido del trueno. El firmamento se habia despejado y casi habia dejado de llover.

—Ola, mercader de pescados! decian los compañeros de Gomez llamando á la choza de Miró. Nosotros tambien hemos pescado: dos sardinas y un arenque.

Miró abrió al instante la puerta de su choza. Era una cabaña de la mas pobre apariencia; estaba á la vista del castillo, pegada á una roca y en medio de una playa desierta. Las olas del mar llegaban hasta poca distancia de ella y á veces parecia que iban á tragársela. Cuando el huracán soplabá con fuerza contra sus paredes de barro, la lluvia atravesaba entre las cañas de que estaba formado el techo, y caía á lo largo de las paredes por la parte interior de modo que el piso estaba lleno de agua.

El j6ven pescador era inteligente y divertido. Era moreno y el color de su rostro hacia resaltar la blancura de sus dientes. Su cara larga y puntiaguda, sus piernas delgadas y huesosas, dejaban conocer la agilidad de que estaban dotadas.

Miró tendria unos veinte años.

—Bien venidos, compa5eros! dijo á los filibusteros de Gomez. Parece que como yo, tambien os servis de la red; nada mas justo. Una barca para cada uno y la tempestad para todos.

—Eso es, contestó uno de los recién lle-

gados. Y mientras uno atraca el otro naufraga.

—Ahi tienes una náufraga y que en vez de haberla salvado del mar, la hemos pescado en el bosque.

—Y no tienes mas que observar á su piloto, añadió uno de los bandidos señalando con el dedo á Esteban. No tiene ni miembros ni figura; y sin embargo con dos mugeres que llevaba colgadas del brazo. y esto que está manco, se creia un hombre.

Una carcajada acompañó su grosero lenguaje. Monserrat miraba á su esposa y su esposa todo lo habia oido... Qué suplicios sufría el pobre Esteban!

Voy á encenderos fuego, repuso alegremente el pescador; vuestras carabinas están mojadas y vuestros vestidos están como un bano. Hay momentos en que nada se tiene seco escepto... el corazon, no es verdad?

—Tratas de burlarte de nosotros? respondió Hilario frunciendo las cejas. Creiamos, añadió luego calmándose, encontrar aqui una compañía de danzantes y comediantes. Se habrán ahogado por el camino.

No sería malo para ti Miró; el pescador engordaría.

—Ahi vienen.

Un ruido de panderetas, guitarras y castañuelas resonaba á lo lejos sobre la playa, é iba acercándose cada vez mas, á pesar de los mujidos del mar y del viento. La huérfana les oyó; levantó la cabeza y en su frente relucia la esperanza: la fuerza y la vida volvian á su socorro.

—Esc es, se dijo Monserrat, ya se reanima porque él vuelve.

Pedro, seguido de su compañía, llegó á la choza del pescador. Al aspecto de los piratas retrocedió como aterrado.

—Amigo mio, le dijo la viuda Muñoz, dá las gracias á estos dignos compañeros de Gómez; sin su ayuda, jamás hubiéramos podido llegar hasta aquí. Mi hermana ya no podia andar mas, yo me habia perdido en el bosque en el barranco de Calaguer.

Los titiriteros se formaron en circulo alrededor de Paquita. En la chimenea ardía un fuego enorme donde se calentaban los bandidos.

—Amigos míos, dijo Dolores dirigiéndose á los saltimbanquis y gitanos, despues de haber cambiado una mirada de inteligencia con Pedro, esta noche dormireis aquí, en la choza del pescador; yo voy á pasarla en el castillo, y mañana volveré.

—Como, hermana, vas á dejarnos?

—Es preciso que os desembarace de esos piratas, repuso la viuda hablando en voz baja á su hermano. Qué seria de vosotros si yo no me los llevara de aquí? Además, quiero verle por ultima vez. Oh! quiero verle.

—A quién?

—A Gomez.

—A Gomez, repuso Paquita. Pero te espones hermana!

—No digo que no.

—Podrá vegarse.

—Yo tambien.

—Paquita, dijo Monserrat, de nada te serviría aconsejarla. No sales ya que le ama?

—Es verdad.

—Esta palabra basta. Qué podria decirse que espresara mejor?

—Esteban, se sacrifica por nosotros.

—Y por verle.

Dolores se volvió hácia los bandidos.

—A Torenos, les dijo con cierto aire de autoridad. Os acompaño, marchemos.

Los bandidos aplaudieron su ademán y sus palabras; cogieron otra vez sus carabinas y salieron de la choza. Hilario orgulloso de su encuentro, se dirigia alegre hácia el castillo.

—Vaya Vd. con cuidado, dijo la viuda al guitarrista al pasar á su lado. La barca está en la bahia de Pirmas, casi al lado de Torenos. Pirmas era el solo lugar donde se podia abordar la playa. No olvide Vd. que se necesita mucha prudencia, además, yo velaré por Vds.

La intrépida Dolores salió.

—Ahora nosotros! dijo Pedro acercándose á Paquita. Miró es un amigo y no se opondrá á nuestra salida.

—Al contrario, respondió el pescador, yo mismo os guiaré.

—Podrá sostenerse? preguntó Esteban mirando tristemente á su esposa.

La prisionera de Torenos, apoyada en Pedro, parecia haber olvidado los dolores que le causaba su herida, se levantó y anduvo...

—Pedro, puedo andar ya, ya puedo seguirle á Vd.

Montserrat lanzó un profundo suspiro.

—Ya puede seguirle; repitió.

—Paquita salió de la choza.

VII.

El pico del medio dia.

El reloj de la sola baja de Torenos, donde acostumbraban á reunirse los bandidos, acababa de dar la media noche. Los titiriteros y saltimbanquis habian salido ya hacia rato, con, sentimiento por parte de los que le escuchaban y que tanto se habian divertido con ellos. Gomez, inquieto é impaciente paseaba por las galerias almenadas de su viejo castillo, esperando la hora de volver á verse con su prisionera y saber la determinacion que habia tomado.

De repente, de lo alto de una plataforma que dominaba las ruinas de la capilla, creyó oír unos gemidos plañideros, que parecían salir de entre las tumbas.

El pirata no se dejaba dominar por ideas supersticiosas, y sin embargo se apoderó de él un secreto terror. La balada de la Dama negra habia impresionado su espíritu y la impresion no se habia borrado enteramente.

Los suspiros que llegaban á sus oídos, salian de la capilla de los fantasmas: permaneció un momento inmovil.

La indecision era impropia á su carácter y rechazó sus sombras meditaciones como hijas de su loca imaginacion y bajando rápidamente de la plataforma, se encaminó hacia la capilla, que segun las tradiciones, era el lugar preferido de la Dama negra.

El pirata estaba solo.

Franqueó la antigua portada de la iglesia y pasó por en medio de los escombros; los suspiros habiau cesado.

Gomez dió una vuelta por la capilla y empezaba á creer que serian inútiles sus pes-

quisas, cuando nuevos gemidos salieron de entre un monton de ruinas. A los gemidos se juntaban algunas palabras ininteligibles.

El pirata se acercó al lugar donde salian aquellas estrañas voces y escuchó atentamente.

Aquellos lamentos salian del fondo de aquella especie de calabozo, al traves de las piedras que le servian de bóveda. Gomez con sus vigorosas manos separó las piedras principales.

Luego formó una ancha abertura. Los gemidos redoblaron y reconoció la voz de Brigida.

La vieja no tardó mucho tiempo en verse libre. Pero el sentimiento y el terror se habian apoderado de su espiritu. Articula palabras inconexas, y Gomez no podia dar crédito á lo que le decia la vieja.

— Señor Gomez, decia la vieja, está aqui ella? dijo saliendo de aquella especie de tumba erizados los cabellos por el terror.

— Quién, Brigida?

—La Dama negra.

—Como, crees acaso que ha sido ella quien te ha sepultado entre esta piedra?

—Si lo creo? Estoy segura de que si. La he visto como te veo.

—Hazme una descripcion de ella.

—Con mucho gusto. Iba vestida de monja y era pequeña como un niño cuando se presentó á mi vista; pero luego creció, creció y llegó á ser como un ciprés; y tambien la crecieron unas enormes alas; sus ojos parecian dos ascuas. Luego, se agruparon á su derredor una porcion de figuras negras; llevaba cada una de ellas una antorcha encendida; el viento bramaba y el trueno retumbaba horriblemente. Yo caí entonces, porque á su vista empezaron á flaquear mis piernas que no pudieron sostenerme mucho tiempo: entonces todas aquellas figuras soltaron una carcajada, igual en todo á las carcajadas de los vivos. Me arrojaron á la cara un torrente de agua; me arrastraron hácia un sepulcro y me cantaron el *de profundis*. Perdi el conocimiento y estoy.... me siento... te digo... Oh Dios! No me

comprendes, Gomez? es horrible!

—Brígida, estás contándome extravagancias, dijo el pirata impaciente.

—Ah! con que..... si.... no es verdad! con que lo tomas así tú, repuso la vieja con indignacion. Pues bien, señor Gomez el bandido! Antes de poco te llegará tu turno! Crees quizás que la Dama negra le tendrá miedo á tus bigotes rojos? Se ha divertido conmigo y á tí te acogotará cuando empiece. Con una sola palabra que pronuncie te reducirá á cero y eso que eres el Goliat de las ruinas; y en cuanto á tus compañeros, á los que un dia te seguirán á la horca como te siguen ahora al mar y á las montañas, á un soplo suyo se desvanecerán como el polvo de los caminos al soplo del huracan: todos juntos sois nada para ella.

—Aquí se encierra algun misterio, se dijo el contrabandista sin escuchar á la vieja y dando vueltas por la capilla.

—Un misterio! repitió Brígida. Si, sin duda, un misterio inesplicable; y en vano te devanarás los sesos para penetrarlo, aun cuando gastes para ello todo el latin si es

que alguna vez le has estudiado. Oyeme, Gomez, quiero explicarte un sueño de mal agüero que he tenido hace poco. He visto sobre una muralla de plata, un cuervo marino monstruoso que tenia las plumas como unas navajas de afeitar abiertas y unas uñas como unas bayonetas dobladas. Quería comerse un canario muy hermoso que tocaba la flauta con una hebra de paja dorada. He aquí que de repente, la paja se convirtió en una culebra, y sobre la piel de esa bestia...

—Cállate tú y tu piel y tu bestia! esclamó Gomez irritado. Me apuran ya tus cuentos malditos.

—Y á mi tu mal humor, señor Gomez, y te lo digo y te lo repito: no quiero quedarme mas en este maldito castillo, con viajeros de noche, con piratas y con damas negras; he aquí tres clases de demonios diferentes, y no puedo yo luchar con tanta gente.

Acostumbrado el pirata desde su niñez á las impertinencias de la vieja, ninguna importancia daba á sus palabras; se enco-

gió de hombros desdeñosamente y despues de un momento de silencio, preguntó:

—Qué se ha hecho la viuda Muñoz? ¿la has visto montar á caballo?

—Vaya una pregunta, Gomez! me has mandado acaso que la sirviera de escudero, para tener el estribo á la viajera de la noche? Si, vaya, que es ella buena para permitir que la pongan la rienda!

—Ha partido despues de haberme dejado?

—Al menos no sobre su yegua, porque desde el calabozo donde estaba hace un momento, la he oido relinchar en la sacristia, donde, y entre paréntesis, has mandado construir un establo, lo que no mejorará tu suerte en el otro mundo, dado caso que exista otro.

—Y los cantores y las bailarinas? les han despedido ya? Les tengo en mala opinion.

—Te pagarán sin duda en la misma moneda.

—Donde estan ahora, Brigida?

Los desposados de la Muerte. —T. I. 3

—Continúan su vida aventurera, como otros piratas ó ladrones de camino real. Y á propósito, te confieso, que prefiero los primeros á los segundos.

—Ni te lo pregunto, ni quiero saberlo.

—Que quieras que no, me place decirlo.

—Pues yo quisiera saber si están aun en el castillo.

—Los gitanos? no lo sé. Cómo hubiera yo podido estar velando esta noche, cuando me han sepultado en ese maldito agujero? Yo hubiera querido que te encontrases en mi lugar y hubieras podido escuchar á tu sabor el silbido de los mochuelos y demas pajarracos; á buen seguro que te hubiera divertido menos que escuchando el canto de los gitanos.

Durante este diálogo, el pirata y la vieja subian á la habitacion de Paquita. Gomez abrió la puerta grande de la torre; entró y una lámpara ardia solitaria en medio de la estancia. Llamó y nadie le respondió.

Recorrió toda la sala y vió con el mayor asombro que Monserrat y su esposa

habian desaparecido; toda pesquisa fue inútil. Los prisioneros se habian evadido.

—Qué piensas de esto, Gomez? dijo la vieja con marcado acento de satisfaccion, no te he dicho hace poco, que bien pronto te llegaria tu S. Martin? Búrlate de la Dama negra; esa señora tiene el brazo mas largo que tu la lengua; entre las uñas del gato ha abierto la ratonera.

Gomez continuó buscando por todas partes.

—Vive Dios! dijo parándose de repente, la puerta de la escalera que conduce á la capilla esta abierta! Por allí se me han escapado; quién ha podido salvarlos?

—La Dama negra, respondió Brígida. Ya te he dicho yo que ella estaba aquí mientras cantaban su balada; yo la he visto dar vueltas por el fondo del gabinete, vestida de luto y con la cara muy desencajada; pero tu das siempre en la mania de creer que me estoy volviendo loca y no escuchas ni mis consejos ni mis avisos. Te pones serio como un granadero cuando hablas conmigo y aun cuando mi voz resuene cla-

ra como una campanilla, tú estás sordo como una tapia.

—Brigida, dijo el pirata con voz de trueno, avisa inmediatamente á mis soldados; es necesario perseguir á Monserrat, es preciso apoderarse otra vez de Paquita. A caballo, camaradas, y recorred todos los caminos.

Y diciendo esto, salió precipitadamente de la torre.

—Oh! no pueden escapárseme, se decia á sí mismo; Dolores ha sido quien los ha salvado; no puede ser mas que ella quien ha salvado su rival. Oh! hubiera debido desconfiar de su astucia y de su audacia: Dolores conoce todos los pasajes secretos de Torenos y habrá sido ella quien se ha presentado bajo el disfraz de la Dama negra. Secundada por los gitanos á quienes habrá revelado su plan, sa habrá desembarazado de Brigida sepultándola entre las ruinas de la capilla. Pérfida! ha sabido engañarme y cree ya haber ganado la partida. Yo la haré sentir el peso de mi rebancha.

Los bandidos se dirigieron por todas par-

tes en busca de los fugitivos y es probable que no tardarán en caer en sus manos: según las órdenes del capitán, están ocupados todos los caminos y no podrán escapar.

Gomez se ha asegurado de que la cabalgadura de Dolores ha permanecido en su establo; podría ser muy bien que la hermana de Monserrat se hubiese ocultado en el mismo fuerte esperando que la tempestad cesase ó acechando una ocasión favorable. Gomez no sale de Torenos y busca entre las ruinas.

El cielo se había despejado ya. Las nubes tempestuosas, llevadas por el viento empezaban á dejar lucir algunas estrellas en el firmamento; la luna, levantándose en el horizonte, parecía haber desvanecido la tempestad. Pero aquella calma era aparente; á los lejos los nubarrones amenazaban una nueva tempestad, y el mar, siempre agitado, mugía aun terriblemente.

Gomez visitó los lugares mas secretos del castillo. Dirigió sus pasos al pie de las ruinas de Torenos hácia una roca llamada el Pico del Mediodía. Esta roca dominaba la

playa. Desde allí, sus miradas podían dominar todos los alrededores de las ruinas. Si los fugitivos se habían dirigido hacia el mar, desde allí, debía descubrirles.

La noche ya no estaba oscura. Se deslizó al través de los escombros como un malhechor que acecha el momento de cometer un crimen. Dejóse oír á sus espaldas cierto ruido que no le hizo siquiera volver la cabeza.

Las murallas de Torenos están á dos pasos de él y allí tiene colocados sus centinelas; á una sola voz les tendría á su lado.

Subió al Pico del Mediodía é iba á entrar en una especie de esplanada formada allí por la misma naturaleza, cuando una voz le gritó:

—Detente!

Dolores, vestida de negro, erguida la cabeza, con aire amenazador se presentó delante de él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sus miradas brillaban como las de un gato.

—Gomez, dijo, me buscas y aquí me

tienes. Qué me quieres?

—Quiero que me devuelvas mis prisioneros, respondió el pirata. Dónde están?

—Fuera de tu poder.

—Y tú me los has arrebatado?

—Yo les he socorrido. Oh! tú no sabes, orgulloso pirata, de lo que es capaz una mujer. Creías que tu amante ultrajada se contentaría llorando en silencio lágrimas vergonzosas y que te dejaría impune en brazos de su rival? No, te has engañado, la presa ha escapado al buitre y ahora vengo de nuevo á repetirte las palabras que te he dicho ya esta noche. Desgraciado de ti, Gomez!

—Vienes á representar otra escena de la Dama negra? dijo Gomez con voz ronca. Pues bien te digo que dos veces en una noche es demasiado. Qué me importan á mí tus amenazas? las desprecio como á tí misma; no te es desconocido mi modo de pensar.

—Ya lo sé, respondió Dolores comprimiendo los violentos latidos de su corazón; pero hubieras debido rechazar el amor

sin valerte de la injuria, del insulto. Además, despues de tu último atentado contra mi hermano, no he venido á Torenos para constituirme tu esclava, sino para robarte tu prisionera. Te has dejado llevar por el orgullo, y yo he querido probarte que era mal fundado. Cuando estaba á tu lado en la torre, la embriaguez se habia apoderado de tí y yo conservaba mi razon entera; me has insultado y yo te he burlado.

—Y ahora, Dolores, dijo el pirata con acento mas dulce, vienes á gozar de tu triunfo? vienes á injuriarme á tu vez?

—Yo! respondió la hermana de Esteban vencida por la dulzura del lenguaje del pirata, yo injuriarte! No, Gomez. Escúchame; no ignoro que en una cuestion amorosa, el que va en busca de ella debe sufrirlo todo, aun cuando cada palabra sea un desengaño; pues bien, Gomez, respóndeme francamente; el lenguaje que has usado conmigo delante de la prisionera era hijo únicamente de tu embriaguez?.....

—Y con qué derecho me dirijes semejante pregunta? exclamó el contrabandista interrumpiéndola arrogantemente: Basta señora viajera de noche, yo nunca soy franco y comunicativo mas que con las personas á quienes amo, y nada debo responderte á tí. Mis espresiones te han hecho llorar y á mí me han hecho reir, nada mas debo decirte.

—Es esa tu última palabra?

—No, aun debo añadir otra. Vete!

—Pues bien, dijo Dolores irguiendo orgullosamente la cabeza, todavia no he concluido yo y quiero usar de mi derecho.

—Dolores, no me causes la paciencia! respondió el pirata irritado. Crees haber salvado á mis prisioneros; pero caerán otra vez en mi poder. Si hasta ahora no te he sepultado tambien en un calabozo, si te he despreciado ha sido porque tengo medios para hacerlo cuando quiera.

Y volviendo las espaldas tendió la vista al mar. Qué momento tan terrible pasó Dolores! Gomez á favor de los rayos de la luna, vió á los gitanos y músicos de

Pedro Valls que se dirigian hácia la bahia de Pirmas, donde habia una barca amarrada.... Qué hacen los gitanos? Dónde van? La mirada penetrante del Pirata ha distinguido ya á Paquita entre ellos; Esteban está á su lado; si, no hay duda, son ellos que salen de la choza de Miró y se creen ya salvados.

—Allí están! exclamó el pirata.

Y volviendo hácia la muralla, quiere llamar á sus soldados. Ay de los prisioneros!

Pero Dolores está allí todavía. Levantó el brazo con energia y con voz imperiosa.

—Calla, bandido, le dijo: calla y no des un paso.

—Atras, atras, mujer; dijo Gomez, te aborrezco.

—Continua, miserable! La copa está llena y....

—A mi, centinelas!

—Calla!

Y tomando luego la mano del pirata: «Por favor; escúchame! continuó. En este momento yo tambien te aborrezco y mi odio me grita por todas partes «Vengan-

za! Pero, Gomez, te he querido tanto!.... Oh! estoy pronto á perdonarte aun y me arrojaré aun á tus pies! Deja que entrambos se salven! Acuérdate de que Esteban es mi hermano. En nombre del cielo, ten piedad de nosotros.

—Quitate! dejame! exclamó furioso el bandido; yo quiero la mujer que amo y esta mujer es Paquita. A las armas, centinelas!

—Bandido, tu no me conoces aun! dijo Dolores con una calma aterradora.

—Precisamente porque te conozco te desprecio, dijo el pirata sonriendo con sarcasmo. Centinelas!

—Calla ó te mato.

—Tú! exclamó el pirata retrocediendo ante ella medio aterrado.

Luego, tomándola con fuerza.

—Yo seré, exclamó, quien me desembarace de tus impertinencias y de tu amor loco. La muerte está al pie de la roca.

Y el bandido va á precipitarla desde lo alto de la roca creyéndose dueño de su vida.

Pero deja escapar un grito de horror. Ha recibido una puñalada y la sangre mana á borbotones de su garganta. Dolores se ha vengado.

Un momento despues, el pirata estaba rodeado de bandidos que habian oido sus gritos y acudian á su llamamiento.

Gomez no podia pronunciar una sola palabra.... Ahogado por la sangre, y retorciéndose los brazos durante las convulsiones de la muerte, espiró.

Donde estaba Dolores?... Miraron por todas partes. Nadie estaba alli.

— Quién le ha herido? se preguntaban los bandidos consternados.

El asesino habia desaparecido.

Durante este tiempo, Esteban y Paquita llegaban á la bahia de Pirmas. Pedro miraba hácia el fuerte.

— Dios mio! exclamó de repente. Allí, sobre la punta de aquella roca me parece que veo al pirata.

— Sí, en el Pico del Mediodia, contestaron los gitanos. Ha podido vernos desde allí y corremos peligro.

—A su lado está una mujer! dijo la huérfana de Reus.

—Dolores! exclamó Monserrat.

—Qué extraño! murmuró el guitarrista; me pareció haber distinguido allí una horrible lucha.... oh! sí, el corsario se bambolea, cae....

—Y la muger?

—No se la vé ya.

—Allí acaba de cometerse un asesinato, exclamó el pescador. El pirata está tendido sin movimiento.

—En efecto, así parece.

—Ah! sus bandidos llegan allí, le levantan y le sostienen.

—Ha recibido una puñalada.

—Ya se acabó para el y esto nos salva.

En aquel mismo instante, el sargento Matarin, el amigo de Pedro Valls, saltó de la barca que estaba aguardando à los fugitivos y salió al encuentro de Paquita.

—La mar está algo alterada, dijo el militar, pero tenemos un buen piloto, robustos brazos, valor y escelentes remos: con esto debemos llegar pronto à Tarragona cu-

yo puerto no está lejos.

—Apresurémonos! exclamó Pedro. Veo acercarse unos cuantos bandidos á caballo, á quienes habrán mandado perseguirnos; están rodeando la costa y van á llegar.

—Sí, respondió Monserrat, por todas partes los hay.

—Larguémonos al instante, añadió Martarin. Si permanecemos á tiro de fusil, nos harán fuego.

—Al mar! al mar! dijo Pedro, el tiempo precisa.

—Ah, miserables! murmuraba el sargento francés; cuánto siento no poder andar á bayonetazos con vosotros! Pero yo me encargo de contar cuanto pasa por aquí y no dejaremos de volver á visitaros por vida mia. Yo haré que os desalojen de aquí echándoos cabeza abajo de esas viejas murallas.

—Paquita, Esteban y Pedro se encaminaron apresuradamente hácia la barca; los músicos ambulantes se dispersaron en todas direcciones y abandonaron la playa cantando.

Pedro Valls cogió su guitarra y la barca del pescador se alejó de la costa con toda la fuerza de sus remos y los contrabandistas no pudieron apoderarse de nuestros fugitivos. Hicieron fuego sobre ellos, pero la barca estaba ya fuera del tiro de fusil y no les temian ya; Pedro, inclinado sobre su instrumento, cantó en medio de las olas aquella copla que en otra ocasion hemos oido ya:

Dichoso el que de la guerra
puede el horror evitar,
y alcanza á tocar la tierra
cuando el viento hinchó la mar!

Yo evité desdicha tanta
y escapé á tanto dolor,
cantá, lira mia, canta
las glorias de nuestro amor.

Pero el mar rugia furioso, el viento soplabá cada vez con más fuerza y la barca estaba lejos del puerto.

XI.

La cuerda rota.

El sargento escuchaba atentamente los acordes que despedían los dedos del joven artista.

—Bravo! dijo acompañando con el movimiento de sus remos el compás de la canción. Bravo, Pedro, tu canto es magnífico y tu pulsación magnífica. Hubo un día que tu guitarra te salvó del furor de la guerra y hoy te salva el furor de las olas. Repite tu copla.

Y Pedro la repitió.

Oh! con qué placer y entusiasmo le escuchaba Paquita! Sentada á su lado y sin atreverse apenas á respirar por no perder

una sola de sus notas, olvidaba al mundo entero, y ya no temia ni á los piratas ni á la tempestad; desafiaba los sufrimientos y los peligros. Ay! preciso es decirlo, tampoco se acordaba de Monserrat.

Con la cabeza medio trastornada por las agitaciones de aquella noche cruel, descansaba en aquel momento sobre las delicias de la única idea que absorbía su pensamiento, la dicha de haber encontrado á su libertador. Las cuerdas de la lira de Pedro palpitaban menos que el corazon de Paquita; Pedro por su parte, participaba de las vivas emociones de su amante, y se entregaba á sus inspiraciones poéticas con el mas entero abandono. Su alma se exhalaba al par que su canto. Los cantos, en medio de la noche, acompañados del ruido de los remos y de las olas, de los mugidos del viento y de las oscilaciones de la barca, parecían nacer allí para responder á las secretas armonias de su corazon y encadenar el amor.

Un gemido sordo y plañidero despertó á la prisionera de Torenos del ensueño en que
Los desposados de la muerte. —T. II. 4

se hallaba sumida. Se levantó y se acercó á Esteban, que solo sobre la popa y meditando profundamente, tenia los ojos fijos sobre ella y sobre el guitarrista.

—Pobres muchachos! pensaba Esteban. Y habian nacido el uno para el otro. Oh! qué hermosos son y cuánto se aman! Cuánto gozarian entrambos si yo no estuviese aqui: Dios mió! yo creo sin embargo que de los tres ninguno de ellos es el que sufre más! oh! no, el que sufre mas es el que se vé menos amado.

Paquita se sentó á su lado; comprendió que necesitaba un consuelo, asistencia y quien le inspirase valor. Estuvo preguntona con él, rodeó su cuello con sus brazos y luego lloró.

—Ya veo que sufres, le dijo.

—Y tú tambien, contestó Esteban.

—No quieres estrecharme contra tu corazón, y sin embargo, alli está mi herida principal.

—Sí, Paquita, por ahora.

—Por ahora! ¿Qué quieres decir con eso?

No estamos ya fuera de peligro?

—Mira, le respondió Monserrat, señalándole con el dedo una nube negra que se levantaba en el horizonte; no podemos salir de las tempestades; pero, Paquita, esa es la menos peligrosa.

En las tormentas del cielo sucede como con las borrascas de la vida y los errores del alma; nunca llegan solás. Una tempestad arrastra otra tras sí, un rayo llama á otro.

Tal como lo anunciaba Esteban á su esposa un nuevo huracan se presentaba para dejarse caer sobre ellos. Las nubes espesas pasando sobre los plateados discos de la luna habia ofuscado sus rayos. Las estrellas iban desapareciendo; las olas del mar espumosas y formidables, levantaban aqui inmensas montañas y mas allá se entreabrian en abismos. La oscuridad se habia estendido por todas partes. Las gaviotas revoloteaban sobre la superficie de las aguas, como la primera señal de los desastres que iban á tener lugar. Ni brillaba el rayo ni retumbaba el trueno... y sin embar-

go todo amenazaba tragar á la pobre barquilla.

El sargento Matarin, ayudado del piloto Valdés, luchaba enérgicamente contra el peligro. Mas, ay! la fuerza de los remos era incomparable con la fuerza de las olas. A cada momento torbellinos de agua pasando al través de la lancha é inclinándola de lado llevaban á los fugitivos el terror de la muerte. Valdés habia contemplado largo rato el faro de Tarragona que indicaba la entrada del puerto y podia salvarles del naufragio. Ay! el punto luminoso no tardó en perderse en medio de las nubes de lluvia que llenaban la atmósfera. Su esperanza se apagó con el faro.

Paquita, de rodillas, levantaba las manos al cielo; una oleada la hizo caer é iba á arrastrarla á los abismos... Pedro se precipitó sobre ella y la defendió á la vez contra la tormenta y contra las olas; apretábala contra su corazon porque ya no queria separarse de ella, es preciso que se salven los dos ó que los dos perezcan.

La huérfana de Reus, con los ojos cerrados y murmurando en voz baja algunas palabras ó de plegaria ó de dolor, de ansiedad ó de amor, y quizás de todo á la vez, ya no sentia mas que á Pedro, á Pedro que tenia entre sus manos en aquel momento su corazón su persona y su vida. Pareciale, en medio del desorden de los elementos y de su pensamiento, de aquella revolucion de la naturaleza y de su espíritu, que, porque el amor la tomaba bajo su salvaguardia, la muerte no podria apoderarse de ella; se acordaba de los subterráneos de Tarragona, de la posada de los bandidos y de la capilla de las ruinas: el peligro era la esfera donde siempre y únicamente podian entregarse á sus transportes amorosos. En aquel momento, Paquita se olvidaba de todo.

—Pedro, murmuró á media voz; calienta mi mano entre las tuyas.

—Sí, respondió el guitarrista, todavia está en tus dedos mi anillo, y él me calentará á su vez.

—Pedro, aqui como en todas partes somos los desposados de la muerte.

—Aquí menos que en el mausoleo del subterráneo.

—Por qué?

—Porque tienes dos anillos.

—Y bien, qué....

—Uno de ellos me faltó á mi. Ya no tenemos cada uno el suyo.

Y Pedro, al decir esto, volvía á apoderarse del anillo que había tomado en el subterráneo, el anillo que había entregado á Monserrat. Paquita quería oponerse; pero ya era tarde; Pedro le tenía ya en su poder.

Esteban, sin ser apercebido se acercó á su esposa; todo lo vió, todo lo oyó. Qué espectáculo para él!... Los dos amantes, esperando pasar juntos á la otra vida, querían desposarse otra vez y cuando tocaban ya quizás las puertas de la eternidad. Tranquilo en medio de los terrores, parecía que el amor les hacía olvidar la muerte.

Monserrat sintió lágrimas ardientes quemar sus pupilas; ya no pudo soportar por mas tiempo sus tormentos.

—Basta!... basta!... murmuró. Paquita, es demasiado sufrir.

El mar mugía... el viento redoblaba... Ninguna voz, ningun ruido se dejaba oír en medio de los bramidos de la tempestad. Nuevos torrentes de agua pasaban siempre debajo de la barquilla.

Se han apoderado las olas de alguna víctima?

Un grito horrible, un grito desgarrador, uno de esos gritos que se parecen á la esplosion de cuanta desesperacion y angustias puede encerrar la naturaleza, salió de los lábios de Paquita.

—Esteban!... Esposo mio!.. Dónde estás?

Se escapó de los brazos de Pedro, y corrió delirante de un lado á otro de la barca. Matarin, Valdés y Pedro repetian á la vez:

—Esteban! Esteban.

Se habia arrojado al mar para acabar con sus tormentos? No hubiera retrocedido su noble alma ante el suicidio?

Podia haberse desmayado por un exceso de debilidad, y una de las olas que tantas veces habian amenazado tragarse la barquilla, podia haberse apoderado de él y sumergire!

Estaba tal vez desesperado y habia querido poner término á su desesperacion entregándose á las olas?

Quién pudiera decirlo!

Paquita se entregaba á la mayor desesperacion.

—Pedro, dijo levantando la voz; Pedro, si me amas; salva á Esteban, salva á mi esposo!

—Es imposible, dijo Matarin.

—Imposible! repitió Paquita. Quién lo ha dicho? Oh! no, no, nada hay imposible para Pedro. Me oyes, Pedro, sálvale!

—Eso es desear su muerte, contestó Valdés.

—Pedro, no le escuches, continuó Paquita fuera de sí; aun cuando debieras perecer, es preciso. Además, si tu perezes yo moriré tambien y no nos separaremos. Sabes quién ha matado á Esteban? Crees que han sido las olas? No, Pedro, no: tu y yo hemos sido la causa de su muerte. El lo miraba todo y nosotros no veíamos nada. Ah! Pedro, no es solamente la voz del amor quien te implora, porque á la voz del amor se junta la del

remordimiento. Salvale, Pedro, Dios te ayudará.

Podia Pedro no escucharla?

No, su desesperacion le heria en lo mas profundo del corazon y tomó una resolucion. Habíase ya desnudado de una parte de sus vestidos. Matarin le habia atado una cuerda alrededor de la cintura, cuyo extremo tenia Valdés.

Pedro se arrojó al mar.

—Allí! dijo la huérfana arrodillada en la barca, Pedro, le veo... está nadando. A la derecha... Dios mio!... ahora se ha sumergido. Pedro, ten valor!

La tempestad sofocó su voz. El cuerpo de Monserrat que un momento antes flotaba sobre el agua, acababa de desaparecer.

—Allí... continuaba gritando Paquita. Debe estar allí... Dios mio! haz que pueda encontrarle!... alumbrale con un rayo de tu luz!

—Ya no podia hablar: se interrumpió de nuevo y luego exclamó otra vez.

—Pedro!... donde está Pedro!... Ah!

Matarin, la cuerda, la cuerda!

La violencia de las olas habia llevado á Pedro lejos de la barca, á pesar de su intrepidez. La oscuridad era tan grande que no se le veia, oíase únicamente á lo lejos el ruido de un cuerpo que luchaba contra las olas y pronto á sucumbir.

—La cuerda! gritaba Matarin. Arrojadla pronto ó está perdido.

Pero las olas que se llevaban á Pedro, eran mas fuertes que la cuerda que queria arrancarles su presa. Valdés y Matarin, abandonando los remos tiraron entrambos de la cuerda... y la cuerda se rompió.

—Rota!... Dios mio!... Perdido!.... sepultado entre las olas! exclamó el sargento.

—Perdido!.... repitió Paquita aterrada... oh! Dios vengativo, hiere á la culpable. Yo he muerto á los dos!

Y se arrojó al mar. Herida por dos golpes á la vez, perdía á su esposo y á su amante. Matarin la agarró por el vestido.

—Ay! la salvaba acaso?

XII.

Despues del naufragio.

El tiempo estaba sereno; la atmósfera estaba embalsamada de perfumes; los rayos dorados por el sol se reflejaban sobre el azul de las aguas. La naturaleza estaba tranquila y radiante. Solo se oía por los alrededores el canto de los aldeanos y el trino de los pájaros. Ni los truenos del cielo, ni los rayos de los hombres resonaban ya por los alrededores de Tarragona, toda tempestad habia desaparecido.

Pero, ay! las señales habian permanecido.

Qué casa de campo es aquella que es-

á rodeada de pastores, de viñas y de arduines.

Cuan hermoso es su aspecto, que posición tan agradable ocupa! Allí sin dudar reinan la tranquilidad, la alegría, la abundancia y la dicha. Así lo hubiera creído el transeunte si á nadie hubiese preguntado. Pero, no, ni la tranquilidad ni la dicha habitaban en aquel lugar. Al contrario, gemidos de dolor se oían tan solo. Destino casi general en los hombres y en las habitaciones. Nada cambia respecto á las aflicciones, no importa el lugar ni la época. Los mismos ecos, repiteu de siglo en siglo los mismos dolores.

Y por qué no soportarlo todo con valor!... ignoramos acaso nuestra suerte y la de los demas!

Lanzados por un momento á la atmósfera de la vida, andamos sobre ruinas. Luego, pisamos indiferentes el polvo de nuestros abuelos, y mas tarde nuestros sucesores harán lo mismo con nosotros; y todo esto acompañado de tristezas, de fatigas y de lágrimas, hasta el dia en que Dios

destruyendo nuestro globo, soplará sobre sus ruinas!....

Ay! vanos sueños durante nuestra juventud, penosos trabajos en la edad madura y amargas decepciones en la vejez; siempre tormentos; he aquí la carrera del hombre.

La hermosa casa de campo era Marsenas.

En medio de los jardines de esta habitación había una mesa, donde en otros tiempos los predecesores de don Esteban hacían sus comidas. Algunos soldados, poco dispuestos á dejarse llevar por la tristeza bebían al rededor de la mesa excelente vino de Jerez.

A su cabeza estaba el sargento Matarín encargado por sus gefes de velar por la seguridad de Marsenas y de sus habitantes. El amigo del desgraciado Pedro Valls, contento de estar alojado allí, hacía poco que había llegado.

La conversacion era animada.

— Es positivo, amigos míos! decía Matarín á sus soldados; á no ser por mí, esa

pobre mujer hubiera perecido.

—Se arrojaba al agua, no es verdad?

—Sí, pero yo estaba allí. Afortunadamente no estaba yo manco como su marido que solo podia nadar con un brazo.

—Dificil es poder salvarse.

—Y con un temporal semejante. Parecia que aquel dia Dios hacia caer toda el agua del cielo; cuánta agua caia sobre nuestras cabezas... Cuando me figuro que no pude salvar á esos infelices que estaban á cuatro pasos de nosotros... pero ya se vé, como que nuestra barca era tan pequeña. Y la maldita cuerda que fué á romperse: de buena gana hubiera yo ahorcado con ella al que la hizo. Vaya! nada teniamos para socorrerles, nada enteramente, en la barca no habia mas que una guitarra.

—Y se encontró el cuerpo del marido?

—Sí, cerca de Salou; ademas se halló un testamento en regla; pero no sobre su cadáver. Ha dejado toda su fortuna á su viuda. Hé aqui una buena accion. Què lástima que no hubiese yo cortejado á una chi-

ca que despues de haberse casado, hubiese quedado viuda como esa! El gobierno debiera dar la mano á esas cosas; no es verdad, muchachos?

—Tomal ya se vé que si.

—Y cuidado que era rico: alli hubieras debido ver su entierro que era magnifico! Mientras unos lloraban de un modo capaz de enternecer los corazones mas duros, otros tocaban las campanas de una manera capaz de ensordecer al mismo difunto. Diablos! he ahi una cosa que me incomodaba por cierto.

—Y el otro naufrago?

—Pedro Valls? Oh! no me hableis de él, amigos míos.... yo le queria mucho: era un muchacho de todas prendas... ademas, era tan interesante su historia! Figuraos que se habia casado con la muger del otro sobre un ataúd, como que no acostumbra hacerse; pero que casi le estaba permitido, porque él, que era mas querido que el precedente, se encontraba en un caso muy particular, puesto que se creian muertos mutuamente, lo que les permitia casarse.

Ya me comprendeis, no es verdad? Luego despues, en una iglesia, y debajo de un paño mortuorio, ante los rasgueos de la guitarra, los bauticé yo con el nombre de los Desposados de la muerte. Verdad que fué una buena ocurrencia?

—Y su enemigo el pirata?

—Ab, esos picaros!... La misma noche de los funerales y para desembarazar mi cabeza de cuantas ideas sombrías bullian en ella, visitamos las ruinas de Torenos para darles la caza. Con qué gusto hubiera hecho fuego sobre ellos.... Yo les hubiera hecho bailar un famoso bolero; pero, quia, ya se habian marchado y nada encontramos allí escepto á una vieja bruja, que lo primero que nos contó fué que la Dama negra habia asesinado á Gomez en el Pico del Mediodia. La dama negra debia ser sin duda alguna morena indignada... Pero francamente, era preciso ser una verdadera... heroína, para batirse cuerpo á cuerpo con un hombre del temple de Gomez y dejarle allí tendido...

Matarin, á medida que hablaba apura-

ba sendos tragos de Jerez y sus camaradas le imitaban escuchándole.

—Por vida mia!... añadió el sargento, en vano trato de alegrarme, estoy triste como una botella vacia, aun cuando no me falta en el cuerpo mucho liquido. No puedo consolarme de la pérdida del guitarrista. La garganta de aquel pobre rui-señor, no se hizo sin duda para que se llenara de agua salada. Pobre Pedro! todo el mundo le queria, hasta el mar y la tempestad, y quizás hasta los peces, puesto que no le han dejado salir; sin duda se lo habrán comido. Debemos confesar que la tormenta era terrible. Aquello era una sinfonia infernal; el agua del mar y el agua del cielo eran unos instrumentos muy poco afinados; y luego los truenos nos servian de bombo... Oh! si Pedro no hubiese tenido que tragar todo eso dentro del agua misma.

Y al decir esto, Matarin enjugaba con las mangas de su capote, las gruesas lágrimas que caian à lo largo de su rostro

Los desposados de la Muerte.—T. II. 5

confundiéndose entre los largos pelos de su bigote. No debían ser las últimas, porque algunos años despues, Matarin se dirigia á la isla de Elba.

Los compañeros de armas de Matarin dieron fin á su colocacion y salió cada uno á sus obligaciones. Matarin se quedó solo allí y apoyando el codo sobre la mesa, pensaba aun en Pedro Valls.

Matarin se habia salvado milagrosamente, despues de haber libertado á Paquita de una muerte segura. Una corriente rápida se habia apoderado de la barca, y una hora despues, la huérfana estaba ya en el puerto de Tarragona.

La llevaron en seguida á Marsenas, cuya posesion habia heredado segun el testamento de su marido. La señora de Beauvalais, la misma que le habia caritativamente recogido despues del saqueo de Tarragona, se ofreció á acompañarla y la prodigó sus cuidados en la quinta, que por orden superior guardaba Matarin.

Este iba á dejar á su vez la mesa, cuando

una voz inesperada le sacó de sus profundas meditaciones.

—Militar, tengo que hablarte.

El sargento miró á su rededor sorprendido. Una mujer rigurosamente enlutada se dirijia hácia donde él estaba; esta mujer estaba sumamente pálida; segun su modo de andar hubiera podido creérsela loca.

—Señora, dijo el sargento saludando militarmente, á quién tengo el honor de hablar?

La desconocida sonrió y contestó:

—En otro tiempo me llamaron la viajera de noche, y despues la Dama negra.

—He aqui dos nombres que resuenan agradablemente en mis oidos. Son dos nombres muy distinguidos. La Dama negra! Fué Vd. la que mató á Gomez! Mucho me alegra su vista. En efecto, una morena alta, comprendo que debia agradar, aun cuando yo, y sin que desee contrariar á Vd., prefiero las rubias pequeñitas.

—Sargento, está aqui Paquita?

—Si, señora. Es decir, no, porque no hay mucho que fiar en Vd. Además, sabrá

Vd. que la viuda de don Esteban está bajo mi salvaguardia, y que aqui no hay que andarse con juegos.

—La quiere Vd. mucho?

—Vaya! me haria descuartizar por ella.

—De nada serviria. Condúzcame Vd. á su habitacion.

—Poco á poco, señora Negra. La ha encargado á Vd. tal vez sus vestidos de luto?

—Mi vista le alegrará mucho, sargento.

—En este caso, dirijase Vd. á la señora de Beauvalais que está encargada de velar junto á ella. Cuéntela Vd. su historia y entonces, ó se la abrirá la puerta de la casa ó se la echará á Vd. fuera de ella.

—De todos modos quiero entrar, militar es preciso.

—Para qué?

—Quiero ver á Paquita para consolarla, para darle esperanzas, quizás hacerla dichosa, quién sabe! me dirijo á Vd. sargento, porque la señora de Beauvalais se ha negado á recibirme. ¡Dice que estoy lo-

ca y me lo ha declarado ella misma. Sargento, esa señora sufre un error muy grande.

—Toma! como que la habreis dicho que os llamais la viajadora de noche y la Dama negra...

—Debo cumplir una mision, dijo solemnemente la viuda Muñoz. Y aun cuando mi voz esté ronca, mi voluntad será firme. Ahora no soy mas que una humilde sierva del Señor; que camina con los pies descalzos, sin tener una fuente donde beber, sin una cama donde dormir. Sabe Vd. lo que son los remordimientos? El suicidio de todas las horas y las espacion. Acompañeme Vd.

Matarin, abriendo los ojos como un hombre sorprendido, trataba de comprender el lenguaje incoherente y lleno á la vez de sabiduria de la viuda Muñoz. La actitud de esta mujer tenia cierta mezcla de imperiosa. El sargento sintió al principio vivos deseos de desembarazarse de ella de un modo poco atento; pero tenia no sé qué de extraño y misterioso que le hablaba en su favor, le heria en el fondo de su alma, y

le fascinaba; cambió pues de modo de pensar. Quizás la Dama negra, con su rostro poético y doloroso, se dirigia á él con el fin de cumplir algun decreto providencial.

Quién sabe si él mismo está destinado á figurar en la escena que debe tener lugar y que presiente el sargento? Sin embargo, no se habia resuelto aun.

—Soy Dolores Muñoz, dijo al fin la viuda.

—Vamos, al menos hemos sacado en limpio un nombre.

—Soy la hermana de Paquita.

—Su hermana! repitió Matarin: concluye Vd. por donde hubiera debido empezar. Todo el mundo tiene el derecho de entrar en la casa de sus parientes. Sigame Vd. y la acompañaré.

—Está sola Paquita?

—Sí, la señora de Beauvalais ha salido y no volverá hasta las nueve.

—Déjeme Vd. sola con la viuda.

—Eso no: tengo orden de no perderla de vista. Estaré á cierta distancia de Vd., y en caso de que doña Paquita no me diga, lárgate, no me moveré de allí. Lleva Vd.

consigo un puñal como en otro tiempo?

—Nada mas que este libro.

—Y qué libro es ese?

—Los salmos de la penitencia.

—Y no mata eso?

—Al contrario. Esto enseña á saber vivir.

—Vamos! dijo el sargento: quizás cometo una barbaridad. Pero no importa, tengo cierta idea... y ademas, no faltaré á mi consigna puesto que dice Vd. que trae buenas noticias, no quiero decirlas: «Nadie pasa!»

Y diciendo esto acompañó á Dolores á la habitacion de Paquita.



XII.

¿Está loca ó nó?

Los últimos rayos del sol alumbraban la habitación donde hacia algunos dias lloraba continuamente la viuda de Esteban. Ay! nada podía consolarla. En vano trataba la señora de Beauvalais de animarla; sus esfuerzos eran inútiles.

— Por qué volverme á la vida, decia Paquita: de qué puedo servir ya en este mundo? Yo no puedo hacer ya mas que sufrir, deslizarme como una sombra y llorar.

Hubiera querido asistir á los funerales de su marido y ver sus despojos mortales para arrodillarse ante ellos; sus amigos se opusieron á sus deseos.

—Ah! era tan noble y tan generoso! se decia la infortunada acordándose de Esteban. Hubiera perecido veinte veces por mi, mientras que yo, ingrata, yo le he matado... Merecia un alma como la suya... y á quién escogió por compañera!... Oh! Monserrat! tú que tanto me has amado en la tierra, perdóname en el cielo!..

Y lloraba amargamente.

—Si, añadía luego en voz baja; hoy está en el cielo: no murió por un suicidio. La calentura... un accidente... el delirio... todo es posible menos una falta: nunca las cometió Esteban. Solo yo fui la culpable. El otro pecó tambien... pero todo lo ha espiado ya... ya murió.

Y entonces su llanto continuaba: y se acusaba siempre de la muerte de entrambos.

La señora de Beauvalais, su amiga, la habia dejado por algunas horas. El sargen-

to Matarin se presentó.

—Señora, la dijo, cierta mujer vestida de luto pretende tener que comunicar á Vd. un asunto de importancia. Al principio me repugnaba dejarla entrar, porque sus modales son tan estraños... que francamente, no acaban de gustarme. Pero luego, se esplica de una manera admirable, añadiendo á esto su hermosura y tiene unos dientes tan blancos...

—Cómo se llama?

—Tiene muchos nombres. Primero ha declarado ser la Viajadora de noche, luego la Dama negra, despues su hermana de Vd. y....

—Que entrel dijo Paquita.

Dolores se acercó.

—Soy Dolores, dijo con voz dulce y triste. Me reconoces?

—Si, hermana mia.

—Te crees desgraciada, hermana? Compara nuestros destinos. Ay! yo habré pasado mi vida entera sin sentir un corazon latir junto al mio. A tí, al contrario, todo el mundo te ha querido.

—Pero han muerto, Dolores,

—Y sé que te lo echas terriblemente en cara.

—Hago mal quizás?

—Sí, Paquita. Yo puedo juzgar tu vida mejor que tú misma. No he sido yo testigo del interés que tenias por mi hermano? No renunciabas por él á todo? No te he visto yo sacrificar tu juventud á su vejez anticipada? Tu le consolabas en medio de sus males, y le hacias soportar los dolores que le atormentaban. Cuantas veces me ha explicado á mi misma su reconocimiento por tí! Oyeme, hermana mia, solo debe ecsistir el remordimiento donde ha ecsistido un verdadero crimen. Ay! no he venido yo á estrechar tu mano entre las mias, porque están teñidas de sangre; he venido á decirte: Hermana, ten valor! Despues de haber sido el ángel consolador, puedes ser aun el ángel consolado.

La huérfana de Reus, admirada, se levantó de su asiento. Las miradas de su cuñada eran tan estrañas como sus palabras, su acento tanto como sus miradas.

—Dolores! exclamó; qué significa tu lenguaje?

—Te causa placer?

—Si, hermana mia. Y sin embargo me inquieta.

—Quieres seguirme, Paquita?

—Dónde?

—Qué importa el lugar? Quiéres saber dónde vivo?... Has visto alguna vez la hoja caída antes del invierno dar vueltas á merced del viento sin poder tomar asiento sobre la tierra? Pues bien, yo soy esa hoja caída del árbol antes de tiempo; yo soy esa hoja que corre sin cesar; ya no tengo abrigo ninguno donde fijarme ni suelo donde vivir.

Paquita se estremeció. Las palabras y los gestos de su cuñada revelaban un acceso de locura. Dejó caer tranquilamente la cabeza sobre su almohada. Dolores continuó:

—Te sientes con fuerzas, pobre niña, para soportar un nuevo golpe?

—Qué puedo temer ya, hermana mia?

Siempre hay algo que temer sobre la tierra; si no es el mal es el bien; los goces

pueden tambien sernos funestos.

— Los goces! repitió Paquita. Dios mio! tu modo de hablar y tus acentos... Tienes algo que revelarme, hermana?

Su corazon palpitaba con fuerza y sus miradas inquietas interrogaba á la viuda Muñoz con la ansiedad de la esperanza y de la duda.

— Si, debo revelarte alguna cosa, respondió Dolores pasándose la mano por los cabellos de un modo extraño. Sí, pero se me va la memoria. Oh! es que para mi la memoria es un espejo vengador, que puesto enfrente del pasado refleja una imagen espantosa. Espera un poco... ah! ya estoy; tenia un objeto, ya recuerdo ahora.

Paquita apenas podia respirar.

— Cuentas conmigo, añadió Dolores, tienes razon. Pero no te me acerques demasiado, porque para conservar algun prestigio debemos guardar alguna distancia entre nosotros. Si Dios estuviera cerca del hombre, quizás este dejaria de adorarle. Pero volvamos á lo que queria decirte. Yo era en otro tiempo la Viajera de la noche,

no lo habrás sin duda olvidado. Un día subí á una roca y él... ya sabes su nombre, se llamaba Gomez... él no pensaba mas que en tí, Paquita, yo estaba armada de un puñal y le maté.

—Ah! fuistes tú?

—Entonces me llamaban la Dama negra, continuó la viuda Muñoz. Luego sigue otra cosa. Pero la barca, el asesinato, la tempestad, todo se confunde, se mezcla... y sin embargo creo recordar un jóven!... Oh! y cómo te amaba!

—Un jóven! Quien?

—Pedro Valls.

—Ah! continúa, por favor, hermana mia, exclamó Paquita palpitante de esperanza y de terror. Has venido á hablarme de él?

—Sí.

—Le amabas, no es verdad?

—No, afortunadamente por él: tampoco me amaba á mí, y como al otro, por tu causa quizás le hubiera matado también.

—Matado! hermana mia, ha muerto ya.

—Tienes alguna prueba?

—No. Y tú?

—Yo! Oh! yo le ví revolcarse en su sangre.

—A Pedro Valls?

—No, á Luis Gomez.

Y lanzó una carcajada.

—Yo te devolveré el tuyo, continuó, y tocareis la guitarra; os conducirán á la iglesia y el pueblo esclamará al veros pasar: Son los desposados de la muerte. Pero, óyeme, cuando entramos habreis gozado las delicias del amor, morid. Ni la tierra ni el tiempo podrán ofreceros cosa alguna. Además, en honor del amor, por su triunfo y por su gloria, es necesario que la muerte le robe en medio de sus encantos y que no se le vea la vejez, que no se le vea el cadáver!

—Desgraciada; murmuró en voz baja Paquita, está loca!

—No del todo, Paquita, repuso Dolores que escuchaba atentamente; presumes que me burlo de tus males, y ¡qué tendría de extraño cuando hace tanto tiempo que te dije que te odiaba! es muy natural puesto

que tú debias causar la muerte de Gomez y que me impulsabas á la venganza. Pues bien, á pesar de todo me intereso por ti; y sea ó no una prueba de locura, me intereso por Pedro.

—Por Pedro! repitió Paquita.

Y levantando las manos al cielo;

—Dios mio! exclamó fuera de sí, sácame de esa horrible perplejidad: está loca ó no?

Hubo un momento de silencio.

—Estoy pronta, Dolores, dijo la viuda de Esteban con resolucion y levantando la cabeza con un valor extraordinario. Respóndeme solamente á esta pregunta: puedo alimentar alguna esperanza?

—Cuál?

—Tienes un objeto?

—Lo creo.

—Cómo podremos partir?

—En mi tartana; nos espera á la puerta.

—Venias á buscarme?

—Sin duda.

—Y creias...

—Todo lo creo. Tambien puede no creer-

se nada. Lo mismo da; ambas cosas tienen el mismo precio.

—Me hablarás de Pedro?

—Si, de Pedro y Gomez. El uno está entre tí y la desgracia; el otro entre mí y el cielo. Tú puedes llorar... y eres feliz, pero yo... oh! no tengo lágrimas en los ojos; no podrian brotar mas que sangre.

—Concluyamos pues!... Si fuera mas largo el suplicio tambien me volveria loca. Dolores, ya te sigo.

Casi en un estado igual al de su cuñada, se puso el primer vestido que encontró: revistióse de un valor extraordinario y se parecia al último fuego de una lámpara que se apaga, púsose en pie é irguiendo la cabeza con resolución:

—Matarin, dijo al sargento que durante esta escena tuvo la discreta precaucion de mantenerse á una distancia regular, puedo disponer de Vd?

—No tiene Vd. mas que mandarme.

—Va Vd. á acompañarnos á mi cuñada y á mi...

Los desposados de la Muerte.—T. I. 6

—A Velanés, añadió la viuda Muñoz.

—Con que es cierto que son Vds. parientas tan cercanas?... Y por qué sale Vd. de aquí?

—Esto, á nadie le importa, respondió orgullosamente Dolores.

—Ah! respondió Matarin picado, desde el momento en que no me cuentan Vds. por nada, es inútil que las acompañe. Para que las gentes sigan un buen camino, es necesario que el guia sea el primero que de el ejemplo. El mejor caballo del mundo llega á ser el peor rocin, si no se le sabe tratar.

—Matarin, no se incomode Vd., dijo Paquita con tono suplicante; soy ya bastante desdichada, y...

—Ah! eso es diferente... y murmuró en voz baja: por esta iria al fin del mundo.

Un instante despues, Dolores y Matarin salian de la quinta acompañados de Paquita, cosa que admiró sobremanera á los criados. Esta última habia escrito algunas líneas á la señora de Beauvalais, y la tar-tana partió.

El sargento, colocado al lado del tartanero, echaba de cuando en cuando una mirada inquieta sobre entrambas mujeres; aquella marcha rápida le parecía extraordinaria y poco motivada. Amenudo, ballaba que la conversacion de Dolores, estaba desnuda de sentido comun; sin embargo, sus palabras le impresionaban porque iban acompañadas de una espresion muy poética. Hay ciertas almas sencillas que están naturalmente inclinadas á creer lo que no comprenden; el vacío les parece el espacio, el caos la inmensidad.

Las sombras la noche se estendian por toda la campiña. Hacia largo rato que Dolores Muñoz guardaba un profundo silencio que interrumpió con un gesto de pena y terror. Su dedo señaló á lo lejos, la orilla del mar y las ruinas de Torénos.

— Paquita, mira! esclamó, sin embargo fui allí aquella noche para salvaros á tí y á mi hermano... Debo arrepentirme de haber hecho una buena accion? Mi bacanea era negra, por eso tomé yo aquel nombre extraño. Te acuerdas del modo que

me recibió en el banquete?... Oh! por qué llevaba yo un puñal!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y lanzó un profundo suspiro.

—Hermana mia, dijo Paquita para arrancarla de su tristeza, sientes los perfumes que exhala esta llanura? Oyes el canto de los pájaros!

—Para mí son armonia sin vibracion. Para el corazón que murió al amor, no existen ya ni flores ni primavera; ya no hay conciertos ni ensueños; todo es luto, silencio y sepulcro.

—Dolores!

—Niña, te doy miedo! Quieres retroceder:

—Me lo aconsejas?

—No, porque esta vez no voy en busca del crimen. El crimen! he aquí lo que me roe el corazón; sin él lloraria como tú y las lágrimas pueden secarse. Pero los remordimientos, oh! son un fuego abrasador, un fuego que no puede apagarse. Hermana mia, tú eres muy feliz! tú no has tenido mas que desgracias...

Paquita estrechó la mano de su cuñada sonriendo amargamente.

—Esta vez, repitió como maquinalmente, no vas en busca del crimen!

—No, Paquita, al contrario.

—Al contrario! Dónde vamos?

—Mas tarde lo sabrás, espera.

—Por qué no me lo explicas ahora mismo!

—Porque me lo han prohibido.

—Quien?

—Los que no están locos.

—Dios mio! murmuró Paquita levantando de nuevo las manos al cielo, alumbrame con un rayo de tu luz, ten piedad de mi y dime: está loca ó no?

Poco tiempo despues llegaron al termino de su viaje.

Paquita, despues que hubo entrado en casa de su cuñada, apenas se sintió con fuerzas para penetrar en el salon. Este salon estaba en el piso bajo y una de sus puertas daba á un gran jardin esmaltado de flores y rodeado de un bosquecillo. Todo respiraba allí el buen gusto. Los muebles

eran elegantes, y por todas partes se veían jarros de porcelana con ramilletes. Las paredes estaban tapizadas y llenas de espejos. Parecía estar preparado para una fiesta solemne.

Dolores miró á su alrededor. Hizo una seña á sus criados que se alejaron todos. Paquita se sentó en un sillón que estaba al lado de la puerta del jardín, sin pronunciar una sola palabra.

Sobre la chimenea ardian unas cuantas bugias. Paquita, con la cabeza apoyada en una de sus manos, habia caído en una especie de letargo que le robaba á la vez el pensamiento y el movimiento, la inteligencia y el dolor. Parecía insensible á todo.

Cuán hermosa estaba la noche. Ciertas misteriosas melodias parecian deslizarse de entre los ramajes y las sombras, y se extendian y se apagaban como esos ecos móviles. De repente, de enmedio de los bosques y de un paraje lejano, salieron armoniosos acordes. Son los sonidos que despide una guitarra. La brisa penetra en el,

salon acompañada de aquellos sonidos agradables. Dios mio; qué voz es esa, que canta estas mágicas palabras...

Dichoso el que de la guerra puede el horror evitar.

Paquita permaneció inmóvil.

No creía en la realidad de lo que oía. Se decía en voz baja que un sueño encantador se había apoderado de ella por algunos momentos. No hizo un solo movimiento por temor de perder el encanto de él. El canto se repitió y tanto en el corazón de Paquita como en los aires, parecía confundirse misteriosamente con los perfumes del jardín y los recuerdos del amor.

Dolores se adelantó hácia ella.

—Paquita, dijo, estoy loca ó no?

Paquita se levantó casi loca. Sus ojos, abiertos de un modo extraño, se fijaron sobre su cuñada de un modo desgarrador; oh! parecía que sus miradas la suplicaban que no desvaneciera con sus palabras el éxtasis en que estaba sumida. Quiso hablar,

y su lengua se pegó á su garganta y cayó sobre su sillón cubriéndose el rostro con las manos y murmurando estas palabras.

—Loca! Oh? yo soy quien se vuelve loca ahora.

—Hermana mia, repuso Dolores con un acento tan suave como la misma brisa, dame tu mano.

—Tómala.

—Donde está tu anillo nupcial?

—Ya no le tengo, Dolores; Pedro me lo tomó en la barca, en medio de la tempestad y de los vientos, un momento antes de arrojarse al agua.

—Te lo robó... pues bien, Paquita, vé á reclamárselo; allí está.

Paquita se lanzó delirante fuera de la habitación. No se sentía andar, ni obrar ni vivir. Entre la razón y la demencia, no pertenecía ni á este mundo ni al otro, ni á la verdad ni á la ficción; su estado de exaltación y perplejidad, de terror y de dicha confundió todas sus facultades humanas, perdidas antes en la sombría noche de la desgracia halladas despues en medio

de los brillantes rayos del amor.

Llegó al bosquecillo del jardín.

La oscuridad reinaba allí; pero la armonía que resuena aun en sus oídos le sirve de guía. Se dirigió allí... pero apenas veía...

Unos cuantos pasos más allá y frente de ella, vé á un joven pálido y triste... Oh... es el guitarrista... es Pedro!

Tendido sobre una alfombra de yerba, apenas salvado de la muerte, no tiene más que un soplo de existencia... Sí, pero aquel soplo de esencia divina, encuentra sus tres potencias ó por mejor decir su naturaleza entera: el canto, la poesía y el amor.

Paquita lanza un grito de alegría. Oh! esta vez la emoción es muy violenta y no puede soportarla. Caer de rodillas... moribunda. Las lágrimas y los sollozos la anegan. Su vista se ofusca y cae... en los brazos de Pedro.

Poco tiempo después de la escena del bosquecillo. Pedro Valls había recobrado la salud, la fuerza y la dicha; Paquita estaba á su lado.

La noche en que murió Gomez, Dolores

perseguida por remordimientos, como Orestes por las furias, erraba por la playa. La tempestad se habia calmado y el alba despuntaba ya en el horizonte. La viuda Muñoz apareció sobre la playa de la pequeña bahía de Pirnos, el cuerpo ensangrentado de Pedro, á quien las olas habian arrojado allí; ya no daba señal alguna de vida. Dolores, atacaba ya por un exceso de locura corrió á la choza de Miró y ayudada de él, transportaron al guitarrista á Velanés. La viuda recomendó al pescador el mas profundo silencio. Por qué exigia este secreto? Ay! no lo sabia acaso ella misma? Le aparecia que en el momento de en que acababa de cometer un horrible homicidio debia envolverse entre misteriosos, ó si no la condenaria á muerte.

Cuando Pedro Valls volvió en sí, notó el desorden de la razon de su libertadora; sin embargo, logró hacerse entender; sabia que Esteban habia muerto y que Matarin habia salvado á Paquita; envió á la viuda á Marsenas y la comunicó sus planes. Todo pasó á medida de sus deseos; la desgracia ha-

bia huido para siempre de los dos amantes.

—Ois el sonido de esas campanas? decia una mañana el sargento Matarin á sus compañeros de armas. Hay una gran ceremonia en la catedral de Tarragona. Dos casados que han salido de toda clase de tumbas! Vaya no habian nacido para morir tan jóvenes. Y eso que yo mismo estuve á punto de matarles; mas tarde lloré por su naufragio y hoy bailo en sus bodas se me va ya la cabeza; á esto se le llamaba acabar bien.

—Hermana mia! no te lo habia anunciado yo? decia Dolores con voz sombría acompañando á Paquita á la iglesia; el pueblo se reúne á vuestro paso.. Toda la guarnicion os señala con el dedo... Todo el mundo está diciendo: Son los Desposados de la muerte. (1)

(1) El autor, que ha conocido mucho al sargento Matarin, al cual debe una infinidad de detalles sobre Pedro Valls, estaba con él en la boda de Paquita.

FIN.